

## AMPLIACIÓN DE LAS INDUSTRIAS

---

EL PROGRESO Y LAS NECESIDADES DE LA VIDA.—MARCHA DE LA CIVILIZACIÓN.—SUS CONQUISTAS.—EUROPA Y AMÉRICA.—LAS INDUSTRIAS.—SU DESARROLLO.—LA EXTENSIÓN DEL TERRITORIO ARGENTINO.—LA INMIGRACIÓN.—LA PRODUCCIÓN ARGENTINA.—OPINIONES DE UN ECONOMISTA.—EL PROBLEMA DE LA POBLACIÓN.—FOMENTO DE LAS INDUSTRIAS EN LOS ESTADOS UNIDOS.—LAS IDEAS DE WASHINGTON.—LA AGRICULTURA.—LABOR YANQUI.—EDUCACIÓN INDUSTRIAL.—NUESTROS ENSAYOS.—NECESIDAD DE NUEVA ORIENTACIÓN.—LA CUESTIÓN ECONÓMICA.—IDEAS DE ALBERDI.—FACTORES DE LA RIQUEZA NACIONAL.—SU DESENVOLVIMIENTO.—CONCLUSIONES.

La civilización ha creado nuevas necesidades al hombre, pero ella misma contribuye a facilitarle los medios para satisfacerlas. Con el renacimiento de la población las dificultades para la lucha por la vida se multiplican, pero las aptitudes se desarrollan ampliando las fuerzas de la producción: capital y trabajo. La complejidad de esa lucha ha orientado la actividad humana hacia la conquista del mayor bienestar por medio del más vasto desenvolvimiento económico, y las industrias han surgido en variadas y múltiples manifestaciones. Los pueblos primitivos que encontraron en la misma naturaleza cuanto necesitaban para su subsistencia, vivieron en lucha perpetua contra los agentes del medio ambiente en que actuaron, pero vencieron su influencia y se desarrollaron paulatinamente. Su cerebración fué madurando merced a esa misma influencia mesológica y se perfeccionaron algunos instrumentos para la lucha. Primero tomó la piedra que utilizó como elemento defensivo, la que tuvo en épocas prehistóricas su importancia, como más tarde la tuvo también, ya en un período superior de

evolución social, para las colosales construcciones que los siglos respetan. Utilizó los metales, los árboles de los bosques, las corrientes de los ríos, las pieles de los animales, etc., y cuando su mentalidad había crecido ya considerablemente, emprendió su marcha progresiva por la anchurosa vía de la civilización, formando las colectividades para la obra secular del progreso. Inventos como los de un Gutenberg, de un Papin o de un Ampère, han dado otros rumbos, no sólo encaminando a la humanidad hacia la mayor cultura del espíritu, sino también hacia el mayor desarrollo de la fuerza material para las grandes conquistas. Cada invento señala una nueva etapa en la historia de la civilización, y así se avanza siempre en consecución de los mejores medios para afrontar la lucha por la existencia. Estamos, indudablemente, bien lejos aún de haber resuelto el problema, pero el perfeccionamiento de los medios de acción facilita la tarea en gran parte. La maquinaria moderna es una palanca poderosa de la civilización presente y su mayor incremento traerá como consecuencia la superabundancia de la producción.

Todos los países, en la evolución de su progreso, han pasado por estos tres períodos sucesivamente: el pastoril, el agrícola y el industrial. Cada uno de ellos significa un paso adelante en el desarrollo de su civilización. Los pueblos más antiguos hace tiempo que pasaron los dos primeros períodos, aunque muchos de ellos han quedado estacionarios sin asimilarse a la vida moderna. Cuando la población se hace más compacta, las actividades se dedican a otro género de producción y las industrias toman entonces un impulso poderoso. En la actual civilización europea, salvo raras excepciones, la mayor parte de los pueblos están en plena actividad fabril. Ya la ganadería y la agricultura misma no tienen allí mayor porvenir, han dado todo lo que era de esperarse, y sólo Rusia está en condiciones de abrir su seno a estas dos industrias con más intensidad y con más utilización de los conocimientos modernos, porque allí, a causa de la ignorancia en que se encuentra la mayor parte de la masa de la población, no han puesto en práctica ni la maquinaria ni los procedimientos científicos más elementales, de modo que ni aproximadamente se obtiene el máximo de producción que podría conseguirse, a

pesar de dar cifras muy elevadas en la producción agropecuaria. Todavía el progreso tiene allí mucho que realizar y cuando la libertad se levante majestuosa, destrozando el despotismo y se subdivida la propiedad, repartiéndose convenientemente la riqueza y difundiéndose la instrucción pública, base de todo progreso y de toda reforma de trascendencia, se obtendrá mayor producción en aquel inmenso territorio llamado un día a mejor porvenir, quizá cuando la desmebración se produzca como un hecho de su mayor progreso y desarrollo económico.

Los pueblos de la América tienen todavía que desarrollarse económicamente para ocupar el puesto que dignamente les corresponde en el concierto de las naciones civilizadas, pues con exclusión de los Estados Unidos de Norte América, donde 80.000.000 de hombres inteligentes y laboriosos emplean su actividad febril en la mayor producción, causando el asombro universal por sus gigantescas empresas, en los demás apenas si esa ola de progreso se ha hecho sentir. La herencia atávica de los pueblos latinoamericanos lleva en sí el germen de la decadencia y sólo con la nueva sangre, infiltrada en los pueblos mediante las corrientes inmigratorias, se podrá conseguir una reacción favorable, encauzando las tendencias de las generaciones que surgen por el derrotero de su mejoramiento físico, moral e intelectual, desarrollando las aptitudes para afrontar con eficacia la obra del trabajo productivo.

Las industrias tienen un vasto campo donde desarrollarse con toda amplitud, las tierras vírgenes de la América ofrecen aún su seno, como madre robusta, pródiga y abundante, para amamantar en los siglos futuros a florecientes pueblos, de razas refundidas, dotadas del espíritu nuevo necesario para la realización de toda obra trascendente.

En la Argentina las industrias son recientes. El progreso comienza a manifestarse con toda energía, pero hasta aquí, se ha realizado poco. A pesar de la inmigración europea y del aumento vegetativo de la población, que da un porcentaje satisfactorio, no tenemos todavía la densidad suficiente para alcanzar un grado de desarrollo económico holgado, pues muchos factores lo han detenido cuando co-

menzaba a hacerse sensible. Un país que no tiene dos habitantes por kilómetro cuadrado no puede competir en producciones, con otro donde la población relativa es más densa; pero sin embargo, se está en buen camino y si las veleidades de nuestros políticos no hacen torcer el rumbo, se llegará a buen término, porque la potencia económica es superior a lo que justicieramente debería esperarse.

Tenemos un territorio extenso, pero éste por sí solo no constituye la riqueza. «La riqueza pública de un país—ha dicho Adam Smith—y aun su poder, en cuanto el poder puede depender de la riqueza, debe estar siempre en razón del valor de su producto anual, que es la fuente en que se toman en definitiva todos los impuestos» (1).

La gran cuestión estriba en la productibilidad, y ésta no podrá obtenerse mientras no se consiga una población más densa, formada por elementos de trabajo, que son los verdaderos factores del progreso. «El Plata—ha escrito Alberdi—con sus condiciones físicas esencialmente europeas, por decirlo así, será más capaz de riqueza que el Brasil, por ser más capaz de poblarse de trabajadores europeos que lo es un país tórrido que excluye al poblador y al trabajador europeo y sólo es capaz de ser trabajado por razas inferiores como el *negro*, el *indio* o *indígena*, y el *chino*. El trabajo no es fecundo y productor únicamente por su energía física y material, sino por su fuerza inteligente y moral» (2).

Nuestra riqueza está latente en el suelo, pero mientras éste no sea explotado debidamente, poniéndose en práctica los procedimientos más adelantados, perdurará el estado de relativa pobreza en que se ha vivido, estado que es la resultante del sistema de gobierno implantado por los conquistadores españoles y que se ha ido trasplantando indefinidamente en nuestros gobiernos criollos.

La inmigración europea ha ido operando paulatinamente la evolución de nuestras costumbres, y con el ejemplo de su perseverancia ha influido modificando el ambiente. Pero hay hábitos inveterados y tendencias arraigadas por atavismo que no es posible extirpar en un día, y mucho me-

(1) Adam Smith, *Riqueza de las naciones*.

(2) J. B. Alberdi, *Escritos póstumos*. Estudios Económicos. Tomo I

nos cuando para resolver el problema del hambre no se choca con mayores dificultades. Es allí donde deben reconcentrarse todos los esfuerzos, a fin de dar otros rumbos a nuestros hijos, que los que hasta ahora se les señalan, pues es ya muy sabido que la aspiración de la mayoría del elemento más o menos acomodado estriba en hacerse de una profesión liberal para vivir sin gran desgaste de energía, con el convencimiento que un título de *doctor* ofrece mayores ventajas para la lucha por la vida, aunque el que lo posea no vaya más allá de los extramuros de la mediocridad. En cambio, así no pueden formarse los factores del trabajo y las industrias no toman el impulso que ya debieran alcanzar, por falta de brazos y de hombres inteligentes que sepan dirigirlos y desarrollarlos, y cuando toman este impulso es debido al esfuerzo siempre benéfico del obrero europeo, que está acostumbrado a emplear sus fuerzas útilmente en el afán de la mayor productibilidad.

Hay mucho campo todavía donde la actividad de nuestro pueblo puede emplearse con éxito, pero es preciso desde luego formar al elemento que ha de realizar esa obra de progreso positivo y estable fundada en la ampliación de las industrias.

En la República Argentina la ganadería y la agricultura son las dos fuentes principales de la riqueza y de la producción, pero como todos los habitantes no pueden dedicarse a ellas, a causa precisamente del sistema de alejamiento de la juventud a su práctica implantado desde tiempo inmemorial, se hace indispensable el fomento de las industrias derivadas de aquéllas y de toda otra cuyo porvenir esté asegurado por la reutilidad equitativa del capital y del trabajo.

El exotismo es también otro factor que se opone a nuestro desarrollo industrial, aunque muchas veces tiene su justificación por la mala calidad de los artículos de fabricación nacional, y por lo que es peor aun, por la mala fe de muchos fabricantes que en su afán de lucro engañan villanamente a sus clientes. ¿Por qué no han de fabricarse en el país artículos tan buenos como en el extranjero cuando existe la materia prima de superior calidad? Es posible que en los países más viejos se hayan perfeccionado los procedimientos y que la mano de obra sea más barata compara-

tivamente con la idoneidad de los obreros, pero es el caso que si el desarrollo de las industrias estuviera aquí en su apogeo, ya se hubieran conseguido las mismas ventajas. Es que todos somos culpables ponderando la producción extranjera con depresión de nuestra naciente industria, que tiene que realizar una obra magna para desalojar al artículo extranjero, acreditado ya, y muchas veces impuesto sólo por *snobismo*.

Sin embargo, los resultados de la naciente industria argentina no deben desalentarnos; ellos demuestran con elocuencia que han ido en creciente aumento, y todo hace creer que se obtendrán mayores éxitos en un porvenir quizás no muy lejano.

Un economista francés, cuya autoridad es reconocida, ha dicho habiando de nuestra producción:

«Esa República se distingue por una energía de producción y una rapidez de desarrollo y de progreso que son verdaderamente dignas de atención.

«Ella no ha necesitado realizar, como otras naciones, transformaciones graduales y sistemáticas, ha saltado las barreras en un salto sorprendente, por esfuerzo propio e individual, sin el auxilio o el estímulo de metrópolis europeas interesadas en su desenvolvimiento.

«No tiene pasado ni abolengo: obscura y pobre factoría española, se independiza apenas llegada a una temprana pubertad; lucha y vence, fuera de la anarquía y de bárbaros caudillos; prodiga su sangre, sellando con ella una a una sus conquistas institucionales, y apenas curada de sus heridas y salida de ese cruento y rápido proceso orgánico, se entrega al trabajo, rotura su tierra excepcional, multiplica y refina sus rebaños, y asombra a los mercados del mundo con su grandiosa exportación y avances sorprendentes.

«Desde hace apenas cuarenta años, escasa de población, pero ocupando una región vastísima y con aptitudes productivas excepcionales, entra al estado de las naciones civilizadas, económicamente consideradas, y de día en día a pesar de crisis pasajeras, adquiere importancia, recursos, confianza en sí misma, y medios y potencia de producción.

«Con tres millones de kilómetros cuadrados de territorio, que ocupa desde las regiones subtropicales de Jujuy,

del Chaco y de Misiones, hasta las rocas glaciales de Cabo de Hornos, en un extensión de 33 grados geográficos (del 22 al 55), con ríos colosales, bosques riquísimos, tierras de asombrosa fecundidad, y minerales valiosísimos, todos los productos encuentran allí zonas apropiadas y vírgenes aún, con facilidades y ventajas de producción desconocidas en otros países. Los hombres dirigentes no se han dejado marear por el *militarismo*, ese cáncer que devora la savia de muchas naciones sudamericanas y aun europeas. La instrucción pública arroja cifras sugestivas, y la renta se emplea ampliamente en fomentarla y difundirla. ¿Podrá la República Argentina en el porvenir, colocada entre Chile y Brasil, resistir el contagio o conservarse serena como hasta ahora y segura de su fuerza y su riqueza ante la manía de conquista y de locura de los grandes ejércitos que perturba a los fuertes y a los débiles?» (1).

Los precedentes juicios del citado economista son muy halagadores y sin *chauvinismo* puede decirse que ellos son exactos, pues es un hecho a todas luces evidente que nuestra producción ha ido en aumento, y que la cosecha argentina se tiene en cuenta en el mercado universal para fijar el precio del pan, como lo hace observar el señor Cibils en un interesante trabajo. (2).

Pero es necesario, para seguir avanzando en el orden del progreso, que la paz se mantenga, que nuestra política interna no promueva los tan frecuentes conflictos armados en las repúblicas latinoamericanas, porque necesitamos más inmigración y ella no vendrá si las turbulencias no cesan, porque, como lo ha dicho el financista M. Sanford: «Lo primero que el inmigrante busca es un país tranquilo para radicarse. De allí proviene esa corriente inmensa inmigratoria que va a los Estados Unidos. Todo el mundo sabe que esa es una nación pacífica, que allí no hay conscripción y los inmigrantes italianos a pesar de que saben que tienen que pagar para entrar en ese país, lo prefieren a todos, porque saben perfectamente que allí vivirán en paz. Las noticias de armamentos alejan las corrientes inmigratorias y las desvían hacia otros países. Aquí lo que

---

(1) Paul Louis, *La guerre économique*.

(2) Cibils, *Intercambio y producción*.

se necesita es población nueva y vigorosa, y cueste lo que cueste hay que derribar los obstáculos que se oponen al desarrollo de la inmigración europea. Este es un asunto trascendental para el progreso argentino, y debe ser la primera y más seria preocupación del gobierno». (1).

Nuestras leyes eminentemente liberales, favorecen la inmigración europea, y a medida que el progreso se acentúe tomará seguramente mayor desarrollo, pues las ventajas que aquí se ofrecen al hombre laborioso, no se tienen en ninguna otra parte. Cuando en los pueblos de Europa se conozca mejor la potencialidad económica de este país, la cual está casi latente por su escasa población, afluirán a nuestras playas los brazos y capitales que la han de impulsar poderosamente.

Favoreciendo la inmigración se contribuiría al desarrollo de las industrias y los gobiernos de nuestro país así lo han entendido, cuando se han preocupado de ofrecer al inmigrante todas las facilidades para que pueda desenvolver su acción profícua dando el mayor producto de su labor.

Ahora se hace necesario formar ambiente para que las industrias puedan ampliarse, y el establecimiento de institutos industriales y profesionales vendrá indudablemente a dar nueva orientación a la juventud, la que ya está produciendo plétora en las universidades y si así continúa aumentará con cifras asombrosas el ya crecido proletariado intelectual, parásito inextinguible de todos los presupuestos.

Hoy por hoy, las industrias derivadas de la ganadería y de la agricultura son las llamadas a mayor desarrollo y nuestro gobierno para fomentarias debe tomar ejemplo de los yanquis. «En los Estados Unidos—ha escrito G. D'Avenel—el gobierno federal presta a los agricultores un concurso eficaz: hace, a su costa, experimentos en doscientos terrenos repartidos en cuarenta y cuatro estados y distribuidos de tal modo que constituyen un estudio de todas las divisiones físicas de la Unión, de todos los cultivos y de los medios de favorecerlos. Publica folletos que reparte profusamente,—doce millones de ejemplares el año pasado,—sobre todas las cuestiones que pueden interesar al labra-

---

(1) «La Argentina» de Bs. As. 18 Sept. 1907. Reportaje al financiero don Carlos H. Sanford.

dor. El ministerio es un vasto depósito de semillas nuevas de toda especie, enviadas a las escuelas públicas o distribuidas por mano de los senadores y diputados.

«Esta acción del estado no tiene nada de burocrática. El estado norteamericano no corona, como el nuestro, terneras y novillos. No recompensa, en concursos solemnes concediendo una prima en dinero, animales cuya posesión y venta basta para remunerar a sus propietarios, puesto que se les supone los más notables de su especie. Si el gobierno federal interviene, es para atreverse, por cuenta de la nación, a hacer lo que ningún particular aislado podría emprender. No da dinero, pero provee a todos, los medios de ganarlo; carácter distintivo de la única agricultura «práctica». Es un corredor, no un bienhechor; advierte, aconseja, no distribuye premios. No sanciona el éxito, propone «negocios».

«Así es como el ministro Wilson envía, a costa de la república, a todos los países y bajo todas las latitudes, docenas de exploradores cuya misión consiste en procurarse nuevas plantas, nuevas semillas, que puedan ser introducidas con provecho en los Estados Unidos. Todas las comarcas del globo son visitadas por estos viajeros de la economía. Sus pesquisas han abarcado los desiertos de Africa y de Asia; las regiones subárticas de Rusia, de Noruega y de Suecia; las partes de China y el Japón correspondientes a los estados del litoral atlántico; las Indias holandesas, la América Central, bajo los trópicos, así como el hemisferio Sur del viejo y del nuevo mundo». (1).

En aquel país progresista la actividad de los hombres se despliega con encomiable acierto, y tanto los poderes públicos como los ciudadanos en el orden privado, buscan los medios más adecuados para obtener la mayor productividad. Ya el eminente Washington preconizaba el desarrollo de la industria agrícola que más tarde debía alcanzar tan hermoso resultado, y decía: «No puede dudarse que el desarrollo de la agricultura es de la primera importancia, tanto para el individuo como para el estado. A me-

---

(1) Visconde G. D' Avenel, *Progreso de la Agricultura en los Estados Unidos*, V. La Nación del 28 de ag. 1907.

dida que las naciones aumentan en población esta verdad se hace más evidente haciendo necesario que los gobiernos se preocupen del cultivo de la tierra, se funden instituciones para promoverlo; y entre los medios empleados para alcanzar un fin tan benéfico, sobresalen las comisiones compuestas por personas conocidas, encargadas de difundir conocimientos útiles, y premiar en cierta medida los esfuerzos de los labradores. Estas comisiones han demostrado ser de la mayor importancia en los países donde se han establecido».

Los anhelos del ilustre presidente se han cumplido; la agricultura ha alcanzado allí un extraordinario desarrollo y se han fundado numerosos establecimientos para la enseñanza científica de esta industria, los que llegaban en 1894 a 20 universidades y 27 colegios.

El ministerio de agricultura de los Estados Unidos es una repartición que llena un amplio y vasto programa, el cual tiene una dirección técnica superior, con tres agrónomos agregados, comprendiendo las siguientes secciones: Estaciones Experimentales, Industria Animal, Estadística, Entomología, Cultivo de la Seda, Química, Botánica, Patología Vegetal, Pomología, Omitología y Mamología, Microscopio, Forestal, Semillas, Jardines y terrenos, Gastos y contabilidad, Biblioteca, Depósito y útiles de escritorio, Empaques y distribución, Museo.

Cada una de estas secciones tiene sus empleados técnicos especiales. Todas esas oficinas llenan una gran misión, haciendo frecuentes estudios sobre los asuntos de su competencia, buscando siempre los medios más prácticos para ampliar las industrias existentes o establecer nuevas. Los emisarios de aquellas oficinas recorren todas las partes del mundo y por medio de las estaciones experimentales convenientemente distribuidas en todas las zonas se obtienen conocimientos prácticos y directos sobre los distintos cultivos y las industrias anexas.

Es admirable la actividad de aquel pueblo laborioso, pero ello no se concreta sólo a la acción del estado, sino también en el orden privado se hace otro tanto. Todos son factores positivos de la gran obra, y muy especialmente lo

es la escuela, donde se forma el carácter y se cultivan las aptitudes.

«Asombra ciertamente — ha dicho el Dr. Zeballos — el derroche de salud, de fuerza vital y de trabajo personal en la campaña. Se vive en ella expuesto siempre a la inclemencia del tiempo aun debajo del techo. No sucede solamente esto entre los pobres. Los patrones se exponen lo mismo que sus trabajadores, y si viven en casas mejor construídas, ellas a menudo son húmedas y siempre frías. El campesino afronta la intemperie y el labrador emprende la faena desde poco antes de salir el sol hasta avanzada la noche, con buen y mal tiempo. Si llueve, pasa el día mojado, y cuando vuelve a su pobre casa ávido de calor y de reparación, halla su piso húmedo. He calculado con buen conocimiento de las condiciones de la vida rural de los dos países, que el campesino de la República Argentina gasta 30 por ciento más de calórico, de fuerza muscular y de tiempo que el norteamericano, para producir una tarea dada, como por ejemplo, el arado de una hectárea de tierra, o la cosecha del pasto, etc. El europeo, que se interna en el primer país, toma pronto el sistema, y, como el criollo, derrocha su fuerza, su salud, su vida y su tiempo, sin las compensaciones debidas. Proviene este hecho antieconómico y antihigiénico, del carácter heroico del pueblo argentino, herencia a su vez del árabe y del español de la colonia. El hombre está siempre dispuesto a frontar los peligros y los rigores de la naturaleza, considerando la salud y la vida misma, como cosa baladí que puede comprometerse con frecuencia y sin razón. Pero el exceso es vituperable. La conservación del calórico del cuerpo humano, considerado el hombre moralmente, es causa de energía y felicidad. Considerado como elemento económico, es condición de trabajo y de producción en mayor grado. Probablemente, la vida del chacarero argentino es más corta que la del norteamericano. Este ha introducido en todo el país e impuesto a la inmigración, las tradiciones anglosajonas, que enseñan a conservar las fuerzas y la salud del hombre, por medio del necesario alimento y abrigo, tan frecuentes y cauntitativos cuanto el clima lo exija. El chacarero norteamericano, y en general el hombre de trabajo, tiene siempre a la mano una

máquina, que ahorra tiempo y sus propias fuerzas. Después de varias horas de trabajo vuelve al hogar y lo encuentra caliente, porque el fuego adentro de las habitaciones es aquí una condición esencial para la conservación de la salud y de la vida, mientras que en la República Argentina una tradición inexplicable aconseja evitar ese fuego, considerado mortífero y exponerse en cambio al frío de la casa que hiela y que a veces mata, después de 12 ó 14 horas de faena al aire libre y sobre el suelo mojado. Arados, caballos, animales, todo está en Norte América calculado o preparado para ahorrar fuerzas humanas y para proteger la salud del trabajador. El chacarero anda siempre en un coche de 25 a 35 pesos y que en la campaña argentina sería de lujo; y en este coche lleva sus pies y piernas cubiertos con una manta. Su casa, por pobre que sea, es segura contra lluvias y vientos, calentada con estufa, con piso de maderas y los necesarios muebles. Su carro es fuerte y cómodo, y no lo hiere o mortifica, por la necesidad de aplicarle docenas de caballos, porque él hace más con cuatro caballos diestros y bien cuidados, que los carreros argentinos con diez bestias hambrientas, atalajadas de un modo indígena, a un carro inmanejable, que acaba con los caminos, con los caballos, y hasta con los hombres que lo guían.

«El resultado del mayor sacrificio personal del hombre, en los campos argentinos, es negativo, pues he demostrado ya que el norteamericano produce más en menos tiempo, en tierra inferior, en peor clima y con menos gasto de fuerza y de salud. Su producción es a menudo mejor, o por lo menos siempre vale más en los mercados consumidores que en la Argentina» (1).

Hay una notable diferencia en los procedimientos empleados en ambos países, y preciso será que los industriales argentinos sigan las huellas de los norteamericanos, para llegar al más alto grado de la productibilidad con el menor costo y desgaste de energía.

Es verdad que en nuestro país también existe un ministerio de agricultura y que su acción benéfica empieza a perfilarse, pero no existe todavía una orientación definida y se

---

(1) E. S. Zeballos, *La concurrencia universal y la agricultura en ambas Américas*.

marcha muchas veces con rumbo incierto, siendo por consiguiente los resultados poco satisfactorios cuando no negativos. Seguir el ejemplo de lo que hacen los yanquis sería en este caso muy provechoso, porque sólo imitando a los pueblos que trabajan, empleando útilmente nuestro tiempo y nuestras energías, alcanzaremos la hegemonía como país productor, que es lo que hoy por hoy constituye la grandeza de las naciones.

En los informes de Wright sobre educación industrial, que ha vertido al castellano el laborioso e ilustrado educacionista Dr. J. B. Zubiaur (1), está demostrada la cooperación que el estado y el pueblo prestan al desarrollo de las industrias en aquel país, donde tomando el ejemplo de Francia, Inglaterra, Alemania etc., han multiplicado los establecimientos de enseñanza industrial considerando esto como un medio eficaz para formar las aptitudes de aquel pueblo que no tiene rival en la obra grandiosa del progreso moderno. Es, en efecto, la escuela el único factor capaz de realizar tan magna empresa, y ello se realizará cuando nosotros le demos toda la importancia que allí tiene, dotándola de los elementos necesarios para que cumpla con la misión patriótica de preparar los hombres del porvenir, consultando los intereses nacionales y formando los *pionners* de nuestra grandeza futura, inyectándoles en su espíritu esa confianza en sí mismo que tiene el *self help* y que lo caracteriza como un factor eficiente de la colectividad donde actúa.

RAMÓN MELGAR.

(Continuará).

---

(1) C. D. Wright, *La Educación Industrial*.